

CAPITULO XLVII.

Cómo Amadís se iba con la dueña contra la insola del gigante llamado Balan, é fué en su compañía el caballero gobernador de la insola del Infante.

Aquel caballero que la historia dice, mandó traer viandas cuanto vió que cumplía, y metióse así desarmado como estaba en una barca con hombres que le guiaban, é partieron de aquel puerto juntos contra la insola de Balan. E yendo por la mar adelante, el caballero preguntó á Amadís si conocía al rey Cildadan. Amadís le dijo que sí, que muchas veces lo viera, é sus grandes caballerías en las batallas que el rey Lisuarte hobo con Amadís, y que él bien podía decir con verdad que era uno de los esforzados é buenos reyes del mundo. «Por cierto, dijo el caballero de la insola del Infante, tal es él, sino que la su contraria fortuna le ha sido mas adversa que nunca lo fué á hombre del mundo que tanto valiese, en le poner so el señorío é vasallaje del rey Lisuarte; que tal rey mas era para mandar y ser señor que para ser vasallo. — Ya es fuera dese tributo, dijo Amadís; aquel gran esfuerzo de su corazón y el valor de su persona quitaron de su gran estado aquella lástima que no á su cargo tenia. — ¿Cómo lo sabeis vos eso, caballero? — Señor, dijo él, yo lo sé, que lo vi.» Estonces le contó lo que el rey Lisuarte habia fecho en le dar por quito, así como este libro lo ha contado. El caballero cuando esto oyó finó los hinojos en la barca é dijo: «¡Señor Dios! loado seas tú por siempre jamás, que quisiste dar á aquel rey lo que su gran virtud é nobleza merecian.» Amadís le dijo: «Buen señor, ¿conoceis vos este Balan? — Muy bien, dijo él. — Mucho os ruego, si os ploguiere, pues en al no hay necesidad de hablar, me digais lo que dél sabeis, especial en lo que de su persona conviene saber. — Así lo faré, dijo el caballero, é por ventura no hallaríades otro que por tan entero os lo pueda decir. Sabed que este Balan es hijo del bravo Madanfubul, aquel gigante que Amadís de Gaula mató, llamándose Beltenebros, en la batalla que el rey Cildadan hobo con el rey Lisuarte de los ciento por ciento, donde murieron otros muchos gigantes é fuertes caballeros de su linaje, que por esta comarca tenían muchas insolas de muy gran valor; los cuales, con el grande amor é afición que al rey Cildadan, mi señor, tovieron, quisieron ser en su servicio, donde poco menos todos fueron perecidos. Y este Balan por quien me preguntais quedó harto mancebo cuando su padre murió, y quedóle esta insola, que es la mas frutifera de todas las cosas, así frutas de todas naturas, como de todas las mas preciadas y estimadas especias del mundo; é por esta causa hay en ella muchos mercaderes, é otros infinitos que seguros á ella vienen, de las cuales redundan al Gigante muy grandes intereses; é digoos que despues que este fué caballero, se ha mostrado mas fuerte que su padre en toda valentía y esfuerzo; é su condicion é maneras, de que vos saber quereis, es muy diversa é contraria á la de los otros gigantes, que de natura son soberbios é follones, y este no lo es, antes muy sosegado é muy verdadero en todas sus cosas; tanto, que es maravilla que hombre que de tal linaje venga pueda

ser tan apartado de la condicion de los otros; y esto piensan todos que le viene de parte de su madre, que es hermana de Gromadaza, la brava gigantea, mujer que fué de Famongomadan el del Lago Herviente, no sé si lo oistes decir; é así como esta pasó de muy gran hermosura á Gromadaza, su hermana, é á otras muchas que en su tiempo hermosas fueron, así fué muy diferente en todas las otras maneras de bondad; que la otra fué muy brava é corajosa en demasía, y esta muy mansa é sometida á toda virtud é homildad; y esto debe causar que, así como las mujeres que feas son, tomando mas figura de hombre que de mujer, les viene por la mayor parte aquella soberbia y desabrimiento varonil que los hombres tienen, que es conforme á su calidad, así las hermosas que son dotadas de la propia naturaleza de las mujeres lo tienen al contrario, conformándose su condicion con la voz delicada, con las carnes blandas é lisas, con la gran ferrosura de su rostro, que las ponen en todo sosiego é las desvian de gran parte de la braveza, así como á esta gigantea, mujer de Madanfubul, madre deste Balan, lo tiene, de lo cual reddida aquella mansedad é reposo á aqueste su fijo. Esta se llama Madasima, é por causa suya pusieron este nombre mismo á una hija muy hermosa que quedó de Famongomadan, que casó con un caballero que se llama don Galvanes, hombre de tan alto lugar, é todos los que la conocen dicen que así es de muy noble condicion é con todos muy homilde. Agora vos quiero decir cómo yo sé todo esto que digo, é mucho mas, del hecho destes gigantes. Sabed que yo soy gobernador de aquella insola del Infante, donde me fallastes, desde el tiempo que el rey Cildadan era infante, que el señorío della tenia, sin tener otro heredamiento alguno, é mas por su gran esfuerzo é buenas maneras que por su estado, envié por todo el reino de Irlanda para lo casar con la hija del rey Abies, que aquel reino heredó al tiempo que lo mató Amadís de Gaula, é á mí siempre me dejó en esta gobernacion que tengo; é como estoy aquí entre estas gentes, y todas tienen mucha afición al Rey mi señor, tengo yo mucha contratacion con ellos, y sé que los fijos de aquellos gigantes que en aquella batalla que vos dije murieron, que son ya hombres, están con mucho deseo de vengar la muerte de sus padres é parientes, si razon para ello hobiesen.» Amadís, que estas razones oía, le dijo: «Buen señor, muy gran placer he habido de lo que me habeis contado. Solamente me pesa de la muy buena condicion deste á quien yo voy á buscar; que mas me ploguiera que todo fuera al revés, con mucha bravura é soberbia, porque á estos tales no tarda mucho que no les alcance la ira y el castigo de Dios, é no quiero negaros que no llevo mas temor que fasta aquí. Pero, como quiera que sea, no dejaré de dar emienda á esta dueña, si puedo, del gran mal é sinrazon que sin lo merecer ha recibido, é tanto quiero de saber de vos si es este Balan casado.» El caballero de la insola le dijo que sí, «é con una hija de un gigante que se llama Gandátae, señor de la Peña de Galtáres, de la cual tiene un hijo de fasta quince años, que si vive, será heredero deste señorío.»

Quando Amadís esto oyó turbóse ya quanto, y pesó-

le mucho por lo haber sabido, por el grande amor que él habia á Gandalac é á sus hijos, que era amo de su hermano don Galaor; todas sus cosas tenia él para las guardar como las suyas propias; é dijo al caballero: «Cosas me habeis dicho que mas que de ante me facen dudar;» y esto era por lo que le dijo de Gandalac, y el caballero sospechó que dudaba con temor de la batalla; mas no era así, que aunque con el mismo su hermano don Galaor, á quien mas que al Gigante dudaria, hobiera de ser, no se partiera della en ninguna guisa sin dar derecho y emienda á aquella dueña, ó perder la vida, porque siempre fué su costumbre acorrer á quien con razon gelo pidiese. Pues así hablando en esto que habeis oído y en otras muchas cosas, andovieron todo aquel dia é la noche. E otro dia á hora de terciavieron la insola de la Torre Bermeja, de que mucho placer hobieron, é andovieron tanto fasta que llegaron cerca della. Amadís la miraba é parecíale muy fermosa, así la tierra de espesas montañas lo que devisar se podia, como el asiento del alcázar con sus muy fermosas y fuertes torres, especial aquella Bermeja que llamaban, que era la mayor y de mas extraña piedra hecha que en el mundo se podría fallar; y en algunas historias se lee que en el comienzo de la poblacion de aquella insola y el primer fundador de la torre, y de todo lo mas de aquel gran alcázar, que fué Josefo el hijo de Josef Abarimatia, que el santo Grial trajo á la Gran Bretaña; é porque á la sazón todo lo mas de aquella tierra era de paganos, que veyendo la disposicion de aquella insola, la pobló de cristianos, é hizo aquella gran torre, donde se reparaban él y todos los suyos cuando en alguna priesa se veian; pero despues á tiempo fue señoreada de los gigantes fasta venir en este Balan; mas la poblacion siempre quedó de cristianos, como agora lo era, los cuales vivian allí muy sojuzgados é apremiados de los señores, porque todos los mas dellos tenían la seta de los paganos; pero todo lo sofrian é pasaban por la gran riqueza de la tierra, é si en algun tiempo algun descansó tovieron, no fué sino en este de Balan, por la buena condicion que para con ellos tenia, é porque por amor de su padre era mas llegado á la ley de Jesucristo que ninguno de los otros, é mucho mas lo fué adelante, como la historia lo contará. Pues allí llegados, Amadís dijo al caballero de la insola del Infante: «Mi buen señor, si á vos ploguiere, pues con este Balan teneis conocimiento, que por cortesía vayais á él y le digais cómo la dueña á quien él mató el hijo y prendió el marido é la hija trae consigo un caballero de la insola Firme para le demandar emienda del daño que le ha fecho, é si la no diere, para se combatir con él, é al su grado facérgela dar, y que saqueis dél fianza que el caballero será seguro de todos sino solamente dél solo, como quiera de bien ó de mal le avenga.» El caballero le dijo: «Contento soy de lo así facer, é podeis ser cierto que en la promesa que él diere no habrá otra cosa.»

Estonces el caballero con sus hombres entró en su barca y se fué al puerto, é Amadís quedó con su dueña algo desviado. Pues llegado aquel caballero, luego fué conocido de los hombres del Gigante, é antél levado, el cual lo recibió con buen talante, que asaz veces le

habia hablado, é dijole: «Gobernador, ¿qué demandas en mi tierra? Dilo; que ya sabes que te tengo por amigo.» El caballero le dijo: «Así lo tengo yo, é mucho te lo agradezco; pero mi venida no es por cosa que á mí toque, mas por una cosa extraña que he visto; y esto es que un caballero de la insola Firme se viene por su voluntad á se combatir contigo, de lo cual me fago mucho maravillado á tal cosa se atrever.» Cuando esto oyó el Gigante dijole: «Ese caballero que dices ¿trae una dueña consigo? — Sí, dijo el caballero, sin falta. — Entiendo, dijo el Gigante, que será aquel Amadís de Gaula, el que de tanto lóor y fama por el mundo es loado, ó alguno de sus hermanos, que para traer uno dellos partió ella de aquí, para lo cual yo le di logar que ella fuese.» Estonces dijo el caballero: «No sé quién será; mas dígoté que es un caballero muy fermoso é muy bien tallado de su grandeza, é sosegado en sus razones, y no puedo entender si su simpleza ó gran esfuerzo de corazón le han puesto en esta locura. Vengote demandar seguridad por él, que no se temerá sino de tí solo.» El Gigante le dijo: «Ya tú sabes que mi palabra á mi grado nunca será quebrada; tráelo seguramente, é viniendo, conocerás la experiencia de cuál desas dos cosas que dijiste toca.» El caballero se tornó á su barca, y se fué para Amadís, é como la respuesta oyó, sin ningun recelo se vino luego al puerto, é salieron luego de sus bateles en tierra, é Amadís apartó primero aquel hombre que á la dueña habia guiado en el barco, é dijole: «Amigo, yo te ruego que no digas mi nombre á ninguno; que si aquí tengo de morir, ello se descubrirá; si tengo de ser vencedor, yo te faré mucho bien por ello.» El marinero gelo prometió. Estonces subieron suso al castillo, é hallaron al Gigante desarmado en aquella gran plaza que delante de la puerta estaba, é como llegaron, el Gigante lo miró mucho, é dijo á la dueña: «¿Es este alguno de los hijos del rey Perion que habias de traer?» La dueña le dijo: «Este es un caballero que te demandará el mal que me feciste.» Estonces Amadís dijo: «Balan, no es necesario á tí saber quién yo soy; bástete que vengo á te demandar que fagas emienda á esta dueña del mal tan grande que sin te lo haber merecido le feciste en le matar su hijo y prender á su marido con otra su fija; é si la ficeres, quitarme he de haber contigo debate, é si no, aparéjate para la batalla.» El Gigante le dijoriendo: «La mayor emienda que le yo puedo dar es darte á tí por quito é quitarte la muerte; que pues tú veniste con tan buena voluntad á remediar su pérdida, en tanto debe tener tu vida como la suya; é aunque esto no acostumbro á facer á ninguno sin que primero pruebe el filo desta mi espada, facerlo he á tí, porque con inorancia has venido á demandar tu daño no lo conociendo. — Si estas amenazas que me das, dijo Amadís, yo las temiese tanto como lo tú piensas, excusado me fuera buscarte de tan lueña tierra. No creas, Balan, que por inorancia te demandó; que bien sé que eres uno de los gigantes del mundo mas nombrado; pero, como vea que la costumbre que aquí mantienes sea tanto en contra del servicio del muy alto Señor, é la razon que traigo es conforme á su santa ley, no tengo en mucho tu valentía, porque él cumplirá lo que en mi faltare; é porque yo

te tengo en mucho y te amo por otros que te aman, yo te ruego que hagas emienda á esta dueña, como sea justa.»

Cuando esto oyó el Gigante dijo: «Tan bien demandas esto que dices, que si á vergüenza no me fuese reputado, yo faria todo lo que fallar se pudiese para el contentamiento desta dueña; pero primero quiero probar y ver qué tales son los caballeros de la insola Firme. Porque ya es tarde yo te enviaré de comer, é dos caballos muy buenos en que escojas á tu voluntad, con dos lanzas, é aparéjate con todo tu esfuerzo, que lo has en menester, para la batalla de aquí á tres horas; é por te hacer complacer, si otras armas quisieres, yo te las daré mejores; que cree que asaz tengo de los caballeros que he vencido.» Amadís le dijo: «Tú lo faces como buen caballero, é mientras mas cortesía en tí veo, mas me pesa que no tengas conocimiento ninguno de lo que hacer debes. Un caballo é una lanza tomaré, é no otras armas mas de las que traigo; que la sangre de aquel que tan sin causa mataste, que en ellas viene, me dará mas esfuerzo de lo vengar.» El Gigante se fué al castillo sin le responder mas, é Amadís é su compañía, y el caballero de la insola del Infante, que dél partir no se quiso, por mucho que el Gigante le rogó que fuese con él al castillo, quedaron debajo de un portal de un templo que al cabo de aquella plaza estaba, y dende á poco espacio les trajeron de comer. Así holgaron, fablando en algunas cosas que á mas les contentaban, esperando al plazo qu'el Gigante saliese. Aquel caballero miraba mucho á menudo el semblante de Amadís, por ver si con aquella grande afrenta se mudaba, é á su parecer siempre le veía con mas esfuerzo, de lo cual mucho era maravillado. Pues venida la hora por el Gigante señalada, trajeron á Amadís dos caballos muy grandes y ferrosos con ricos atavíos para tal menester, y él tomó el que mas y mejor le pareció; y despues de lo mirar cómo venia ensillado, cabalgó en él, é puso su yelmo, y echó su escudo al cuello, é puestó en aquella gran plaza, mandó al hombre que los caballos le habia traído que el otro tornase, é dijese al Gigante que lo esperaba, y que no dejase ir el día en vano. Toda la mas de la gente de la insola que allí pudo venir, estaban al derredor de la plaza por ver la batalla, é los adarves é finiestras del alcázar llenos de dueñas é doncellas; y estando así como oídes, oyó sonar en la gran torre Bermeja tres trompas muy acordadas, que facian dulce son, que era señal que el Gigante salia á batalla, é así lo acostumbraba hacer cada vez que se habia de combatir. Amadís preguntó á los que allí estaban qué era aquello. Ellos le dijeron la causa por qué se facia; lo cual muy bien le pareció, é auto de gran señor, é vino en mientes que si estando en la insola Firme con su señora le viniese ocasion de facer alguna batalla con alguno que allí gela demandase, que él así lo mandaria facer, porque á su parecer aquel son era cosa para crecer el esfuerzo del caballero por quien se faciese. Pues cesando las trompas, abrieron las puertas del alcázar, é salió el Gigante encima del otro caballo que habia enviado á Amadís, é su lanza en la mano, é armado de unas armas de acero muy limpio como el espejo, así el yelmo como el escudo á su mesura, é

unas hojas que todo lo mas del cuerpo le cubrian; é como vió á Amadís dijo: «Caballero de la insola Firme, ¿agora que me ves armado osarme has atender?—Agora te quiero, dijo-él, que emiendes á esta dueña del mal que le fecieste; si no, guárdate de mí.»

Estonces el Gigante movió contra quanto el caballo lo llevar pudo, y era tan grande, que no habia caballero en el mundo, por esforzado que fuese, que le no posiese gran pavor; é como iba muy recio é con gran codicia de lo encontrar, abajó tanto la lanza por no errar el golpe; así que, encontró al caballo de Amadís por mitad de la frente, y metió la lanza por la cabeza del caballo é por el pescuezo gran pieza; pero Amadís, á quien su grandeza ni valentía no turbaban, como aquel que ya sabia qué cosa eran los semejantes, lo encontró en el grande é fuerte escudo tan reciamente, que por fuerza hizo salir al Gigante de la silla, é cayó en el campo, que era muy duro, gran caída, de que fué quebrantado mucho, y el caballo de Amadís cayó muerto con él en el suelo, del cual Amadís salió lo mas presto que pudo, aunque á gran afán, que le tomó la una pierna debajo, é levantóse, é vió al Gigante que se levantaba y estaba algo desacordado, pero no tanto, que no posiese luego mano á una espada de muy fuerte acero que traia, con la cual pensaba que no habia en el mundo tan fuerte caballero que dos golpes le osase esperar, que le no tolliese ó matase. Amadís puso mano á la su muy buena espada, é cubrióse de su escudo y fué para él, y el Gigante asimesmo vino contra él, el brazo alto, por lo herir, con gran desatiento, así con la su gran soberbia, como porque el encuentro de la lanza que Amadís le dió fué en derecho del corazon, é por tan gran fuerza dado, que le juntó el escudo con el pecho tan reciamente, que la carne fué magullada, é las ternillas quebradas, de manera que le daba gran dolor, y le quitaba mucho de la fuerza y del aliento. Amadís, como así lo vió venir, conoció que perdido venia, é alzó el escudo quanto mas pudo por recibir en él el golpe, y el Gigante descargó tan recio, é la espada cortó tan livianamente, que desde el brocal fasta ayuso le llevó el un tercio del escudo, que le no alcanzó mas; así que, si mas en lleno le alcanzara, tambien fuera el brazo con ello á tierra. Amadís, como mucho aquel menester habia usado y en casos tan peligrosos se sopiese librar, no perdiendo ni olvidando cosa de lo que facer debía, antes que el Gigante el brazo contra si tirase, firióle de tal golpe cabe el codo, que como quiera que la manga de la loriga muy fuerte y de muy gruesa malla era, no le pudo prestar ni estorbar que la su muy buena espada no gela tájase fasta le cortar gran parte de la carne del brazo é la una de las canillas. El Gigante sintió mucho aquel golpe, é tiróse ya quanto afuera; pero Amadís fué luego á él, é dióle otro golpe por cima del yelmo de toda su fuerza, que la llama salió tan grande como si con otra cosa allí gelo encendieran; é torcióle el yelmo en la cabeza; así que, la vista le quitó.

Cuando el caballero gobernador de la insola del Infante, que con Amadís allí habia venido, vió los golpes que Amadís daba, así el encuentro de la lanza, con el cual habia sacado de la silla una cosa tan valiente é tan

pesada como era aquel gigante, como los que con la espada le daba, comenzóse á santiguar muchas veces, é dijo á la dueña que cabe si tenia: «Dueña, ¿dónde hallastes aquel diablo, que tales cosas face, cual nunca otro caballero fizo que mortal fuese?» La dueña le dijo: «Si de tales diablos como este muchos por el mundo andoviesen, no habria tantos cuitados é corridos de los soberbios é malos como hay.» El Gigante fué muy prestamente con sus manos al yelmo por lo enderezar, é sintió que del brazo derecho habia perdido mucha fuerza, que apenas la espada podia tener en la mano, é tiróse mas afuera; mas Amadís juntó luego con él como de cabo, é dióle otro gran golpe encima del brocal del escudo, pensando darle en la cabeza, é no pudo; que el Gigante, como el golpe vió venir tan recio, alzó el escudo para lo en él recibir, y la espada entró tanto por él, que cuando Amadís la pensó sacar no pudo, y el Gigante lo pensó herir, mas no pudo levantar el brazo sino muy poco, de manera que el golpe fué flaco. Estonces Amadís tiraba por la espada quanto podia, y el Gigante por el escudo; así que, con la gran fuerza del uno y del otro, convino que las correas con que lo tenia al cuello quebrasen, y llevó Amadís el escudo con su espada, lo cual le podiera facer é atraer gran peligro, porque por ninguna guisa della se podia ayudar. El Gigante, como así lo vió, y se vió sin escudo, tomó la espada con la mano izquierda é comenzó á dar á Amadís grandes golpes con ella; pero él se guardaba con mucha ligereza, cubriéndose de su escudo, mas no en tal forma que excusar pudiese que los golpes del Gigante no le rompiesen en algunas partes la loriga, y le llegasen á la carne, é ciertamente, si el Gigante podiera herir con la diestra mano, él se viera en gran peligro de muerte; mas con la izquierda, aunque los golpes grandes y de gran fuerza fuesen, eran muy desvariados, que los mas dellos faltaban é iban en vano. Amadís, como queria alzar la espada para lo herir, subia con ella el escudo en que metida estaba; así que, no entendia en al sino en se defender; pero, como se viese embarazado y en tanto peligro, acordó en se remediar lo mas presto que pudo, é tiróse ya quanto afuera, é sacó del cuello su escudo, y echólo en el campo entre él y el Gigante, é puso el un pié encima del escudo del Gigante, é tiró con ambas las manos por la espada tan recio, que la sacó dél.

En este comedio el Gigante tomó con la mano derecha el escudo de Amadís, é aunque harto liviano era, apenas lo podia levantar ni sostener con el brazo, que la herida fué grande é cabe la coyuntura del codo, é con la mucha sangre que se le habia ido, tenia el brazo casi muerto, que apenas lo podia alzar ni trabar con la mano sino muy flacamente; é lo que mas le empedia é fatigaba era la carne magullada é los huesos quebrados que sobre el corazon tenia, del encuentro de la lanza que ya oistes, que le quitaba tanto del aliento, que apenas podia resollar; pero como él fuese muy valiente de fuerza y de corazon, y se viese en aventura de muerte, sofriase con gran trabajo, y esto fué porque despues que la espada de Amadís, con el gran golpe, quedó metida en el escudo, nunca con ella le habia podido herir ni hacer estorbo; mas como la sacó y

salió libre de aquel embarazo, tomó por las embrazaduras el escudo del Gigante, que apenas lo podia levantar, segun su grandeza é pesadumbre, y fuélo ferir de muy grandes golpes, probando todo su poder; de manera que el Gigante fué tan aquejado, así con la priesa que Amadís le daba como con la qu'él tomó por se defender y ferir, que se le cerró el corazon del dolor que en él tenia, é cayó como muerto en el campo. Cuando los hombres que en el alcázar estaban mirando esto vieron, dieron muy grandes voces, é las dueñas é doncellas grandes gritos, diciendo: «Muerto es nuestro señor! muera el traidor que le mató.» Amadís, en cayendo el Gigante, fué luego sobre él, é quitóle el yelmo, é púsole la punta de la espada en el rostro é dijo: «Balan, muerto eres si á la dueña no satisfacés del daño que le feciste;» mas él no respondió ni entendió lo que le dijo; que estaba como muerto. Estonces llegó el caballero de la insola del Infante, que con Amadís allí habia venido, é dijo: «Señor caballero, ¿es muerto el Gigante?—Entiendo que no, dijo Amadís; mas el grande ahogamiento lo tiene tal como veis; que yo no le veo golpe mortal ninguno;» é decia verdad, que el golpe que en el pecho tenia, que el aliento le quitó, no lo habia él visto ni sentido. El caballero le dijo: «Señor, por cortesía os pido que lo no mateis fasta que sea en su acuerdo é tenga juicio para emendar á esta dueña á su voluntad, é tambien porque si él muere ninguno será poderoso de os dar la vida.—Por eso, dijo Amadís, no dejaré yo dél de facer mi voluntad; mas por amor vuestro é por el deudo que con Gandalac tiene, me sofriré de lo matar fasta que dél sepa si querrá venir en lo que le yo pediré.» Estando en esto vieron salir del castillo al hijo del Gigante con fasta treinta hombres armados, é venian diciendo: «Muera, muera el traidor.» Cuando Amadís esto oyó, ya podeis entender qué esperanza tenia en su vida, veyéndolos todos de rendon venir á lo matar; pero acordó de se no poner á su mesura, y que la muerte le viniese sobre haber fecho todo su poder, sin faltar cosa de lo que facer debia, é miró á un cabo é á otro al derredor, é vió una quiebra entre aquellas peñas de que la plaza era cercada, que aquella plaza fué fecha allí á mano, quitando todos los recodos é peñas, é al derredor quedaron muchas dellas; é fué yendo hácia allá, é llevó el escudo del Gigante, que muy grande é fuerte era, é púsose á la entrada de aquella quiebra, que por ninguna parte le podian nuir sino por delante, ni tampoco por encima; que se hacia allí una solapa. Pues la gente llegó los unos al Gigante por ver si era muerto é los otros contra Amadís; é tres hombres que delante llegaron echaron en él las lanzas, mas no le hicieron mal, que como el escudo era, como se vos ha dicho, muy grande é fuerte, todo lo mas del cuerpo le cobria, é de las piernas, lo cual, despues de Dios, le dió la vida; é destes tres llegó el uno con su espada para lo ferir, é como Amadís lo vió cerca salió para él, é dióle tal golpe por cima de la cabeza, que le hendió fasta el pescuezo, é derribólo muerto á sus piés. Cuando los otros le vieron fuera de aquella guarida llegaron todos por lo matar; mas él se tornó luego allí, é al primero que llegó dióle un golpe en el hombro, que las armas

no le tovieron ningun pro; que el brazo cayó en el suelo, y el hombre muerto del otro cabo. Estos dos golpes los escarmentaron tanto, que ninguno fué osado de se á él acostar, é cercáronlo allí por delante é por los lados, que por otra parte no podían, é tirábanle lanzas, é saetas, é piedras tantas, que fasta la meitad del cuerpo estaba cobierto; pero ninguna cosa le nucia, que el escudo le amparaba de todo ello.

En este comedio llevaron al Gigante al castillo, haciendo gran duelo, é pusiéronle en su lecho tal como muerto sin sentido alguno, é tornáronse luego aquellos que le llevaron á ayudar á sus compañeros; é como llegaron vieron que ninguno á él se llegaba, é cómo tenía los dos hombres muertos cabe sí, é como venían holgados é con gran saña, é no sabían ni habían visto sus golpes tan esquivos, llegáronse á lo ferir con las lanzas; mas Amadís estuvo quedo bien cobierto de su escudo, é al uno que llegó mas delantero, que con la lanza le dió á manteniente en el escudo, dióle tal golpe, que la cabeza le fizo volar á lueñe, é luego se desviaron aquellos con los otros, que ninguno se osaba á él llegar. Pues así estando, sin mas hacer, salvo tirándole muchas saetas é piedras infinitas, el caballero de la insola del Infante hobo gran piedad de lo así ver, é bien cuidó que si lo matasen, que moria el mejor caballero que nunca armas trajo, é fuése luego al hijo del Gigante, que desarmado estaba por su tierna edad, é dijole: «Bravor, ¿por qué haces esto, contra la palabra é verdad de tu padre, la cual nunca hasta hoy se halla ser quebrada? Mira que eres su hijo y le has de parecer en las buenas maneras, é mira que tu padre lo aseguró de todos los suyos salvo dél solo; y que si sobre esto le faces matar, nunca te cumple parecer ante hombres buenos, que siempre serás aviltado y en gran menosprecio tenido.» El mozo le dijo: «¿Cómo sofriré ver á mi padre muerto delante mí, y que no tome venganza del que lo fizo?—Tu padre, dijo él, no es muerto, ni tiene golpe de que morir deba; que yo lo miré estando en el suelo, y aquel caballero á mi ruego, é porque me dijo que lo preciaba mucho por el deudo que con Gandalac tiene, lo dejó de matar; que en su mano estaba de lo facer.—Pues ¿qué haré? dijo el mozo.—Yo te lo diré, dijo el caballero: fazlo tener cercado así como está toda esta noche, sin que daño reciba, y de aquí á la mañana se verá la disposicion de tu padre, é segun él estoviere, así tomarás el acuerdo; que en tu mano é voluntad está la vida ó la muerte suya, que de aquí no puede salir si lo tú no mandas.» El mozo le dijo: «Mucho te agradezco lo que me consejas; que si este moriese é mi padre vivo quedase, no me complia parar en todo el mundo donde él lo sopiese; que bien cierto soy que me buscaria para me matar.—Pues eso conoces, dijo él, faz lo que te consejo.—Déjame hablar primero con mi abuela é con mi madre, é hágase con su consejo.—Por bien lo tengo, dijo el caballero, y entre tanto manda á tus hombres que no fagan mas de lo que han fecho.» El mozo dijo: «Por demás será ese mandamiento; que, segun me parece que aquel caballero defiende su vida, que si de hambre no, de otra manera, segun veo, no hay quien matarle pueda; pero por lo que me consejas faré lo que me dices.»

Entonces les mandó que estoviesen allí, é guardasen bien que aquel caballero no saliese de donde estaba, sin le facer mal ninguno. En tanto que él iba al castillo todos los que allí estaban hicieron su mandado, y él se fué é habló con aquellas dueñas, é como quiera que su pasion é tristeza dellas grande fuese, considerando que el caballero no se podría ir, é veyendo cómo el Gigante iba cobrando huelgo é algun acuerdo, y temiendo pasar su verdad, dijéronle que así se ficiese como aquel caballero de la insola del Infante gelo había aconsejado, á lo cual mucho ayudó cuando su madre deste mozo fué sabidora que aquel caballero amaba á su padre Gandalac, que temió no fuese don Galaor, aquel que su padre había criado y le restituyó en el señorío de la Peña de Galtáres, matando á Alvadan, el gigante bravo que forzado gelo tenía, como mas largo lo cuenta el primero libro desta historia, el cual ella mucho bien conocia é lo amaba de corazon, porque se criaron juntos; é si no fuera porque su marido en tal punto estaba, que á gran deshonestidad le fuera contado, ella misma por su persona sopiera si el caballero era don Galaor ó alguno de sus hermanos, que á todos ellos había visto en casa del rey Lisuarte, donde estuvo algun tiempo en la sazón que fué la batalla del rey Lisuarte con el rey Gildadan, en la cual su padre é sus hermanos fueron é hicieron cosas extrañas en armas en servicio del rey Lisuarte por amor de don Galaor, como el segundo libro desta historia mas largo lo cuenta. Con este acuerdo tornó el mozo á tal hora que era ya noche cerrada, é mandó poner un fuego grande delante donde Amadís estaba, que de su concierto ninguna cosa sabia, é allí fizo á sus hombres que armados velasen, é á buen recaudo, porque el caballero no saliese é les ficiese mal; que lo temian como á la muerte. Amadís estuvo en aquel lugar donde antes estaba, puesto el canto del escudo en el suelo é la mano sobre el brocal, é la espada en la otra, esperando de morir antes que se dejar prender; que bien pensaba que, pues sobre tal seguro como de Balan tenía, aquellos hombres le acometieron, queriéndole matar; que ninguna otra palabra que le diessen le sería guardada; pues pensar de demandar merced, esto no lo faria él aunque sopiese pasar mil veces por la muerte, si á Dios no, á quien él siempre en todas sus cosas se encomendó de gran corazon; y en aquella mas, donde otro remedio, si el suyo no, tenía ni esperaba.

CAPITULO XLVIII.

De cómo Darioleta hacia duelo por el gran peligro en que Amadís estaba.

Darioleta, la dueña que lo allí fizo venir, cuando así vió cercado á Amadís de todos sus enemigos sin tener ni esperar socorro alguno de ninguna parte, comenzó á facer muy gran duelo é á maldecir su ventura, que á tanta cuita é dolor la había traído, diciendo: «¡Oh cativa desventurada! ¿Qué será de mí si por mi causa el mejor caballero que nunca nació muere? ¿Cómo osaré parecer ante su padre, madre é sus hermanos, sabiendo que yo fui ocasion de la su muerte? que si á la sazón de su nacimiento yo trabajé por le salvar la vida, haciendo

é trabajando con mi sabiduría el arca en que escapar pudiese, de lo cual he habido mucho galardón; que si entonces moriera, moria una cosa sin provecho; agora no solamente he perdido los servicios pasados, mas antes soy dina de morir con las mas penas é tormentos que ninguna persona lo fué, porque siendo la flor é fama del mundo, le he traído á la muerte. ¡Oh cuitada de mí! ¿Por qué no le dí lugar al tiempo que en la ribera de la mar á mí llegó para que pudiera tornar á la insola Firme é trajera algunos caballeros que fueran en su ayuda, ó á lo menos podieran con razon morir en su compañía? Mas ¿qué puedo decir, sino que mi liviandad é arrebataimiento fué de propia mujer?» Así como oídes estaba Darioleta haciendo su duelo debajo de los portales de aquel templo con muy gran angustia de su corazon, é no con otra esperanza sino de ver morir muy presto á Amadís, y ella é su marido é hija ser metidos en prision, donde nunca saliesen.

Amadís estaba á la boca de aquella quiebra de las peñas, como vos hemos contado, é vió lo que la dueña facia, que con el gran huego que delante dél estaba toda la plaza se parecia, aunque asaz grande, é hobo gran pesar en verla como estaba, llorando é alzando las manos al cielo, cómo demandaba piedad; así que, la saña le creció tan grande, que le sacó de su sentido, é pensó que muy mas peligro le podría recrecer venido el día que con la noche; porque entonces toda la mas de la gente de la insola estaba sosegada, é solamente se había de guardar de aquellos que delante tenía, y que la mañana venida, que podría cargar mucha mas gente sobre él, de manera que no podría escapar de ser muerto; y puesto caso que allí adonde estaba no le podiesen muerir, que el sueño é la hambre le cargaria é se habría de poner en sus manos, é con esta saña pensó de lo poner todo en aventura, y embrazó su escudo, é con la espada en la mano aderezó para dar en sus enemigos; mas el caballero de la insola del Infante, á quien mucho pesaba de su daño por le haber asegurado de parte del Gigante, é así le haber quebrado la promesa, estaba en medio dellos con mucho cuidado que la gente á él no llegase fasta ver la disposicion del Gigante; que bien tenía creído que cuando en su juicio fuese, que pornia tal remedio é castigo en ello, que su palabra fuese guardada; é como vió que Amadís movia para salir contra aquellos, fué lo mas que pudo contra él é dijole: «Señor caballero, ruégovos por cortesia que me oyais un poco ante que de aquí salgais.» Amadís estuvo quedo, y el caballero le contó todo lo que había hablado con Bravor, fijo del Gigante, é cómo lo tenía por entonces todo amansado fasta que la mañana viniese, y que en aquel espacio de tiempo el Gigante seria muy mejorado é metido en su acuerdo, y que sin duda creyese que compliria con él todo lo que fuese obligado, aunque le viniese peligro de la muerte, é que quisiese sofrirse tanto, que él fiaba en Dios de lo remediar todo, é que lo tomaba á su cargo. Amadís, como así lo vió hablar, bien cuidó que verdad le decia, porque en aquello poco que le había tratado lo tenía por hombre bueno, é dijole: «Por amor vuestro yo me sofriré esta vez, mas dígovos, caballero, que todo afan que en esto pongais será perdido, si lo pri-

mero no es que la emienda de la dueña se haga.» El caballero le dijo: «Eso se fará, é mucho mas, ó yo no me ternia por caballero, ni este gigante, por quien siempre le he tenido; que creed que en él se falla mucha verdad é virtud.» Amadís estuvo quedo en su lugar, como ante, pues así como ois estaba cercado de sus enemigos, metido entre aquellas bravas peñas, esperando así él como ellos á la mañana.

Agora dice la historia que despues que al Gigante llegaron sus hombres al castillo, tan desacordado como si muerto fuese, é lo echaron en su lecho, que así estovo todo lo mas de la noche, sin que hablar pudiese, é no facia sino poner la mano en derecho del corazon, é señalar que de allí le venia el dolor. É como su madre é su mujer aquello vieron, hicieron á los maestros que le catasen, é luego fallaron el mal que tenía, en el cual posieron tantos remedios de melecinas é otras cosas que en él obraron, que antes del alba fué en todo su acuerdo, é quando hablar pudo preguntó que dónde estaba. Los maestros le dijeron que en su lecho. «Pues la batalla que hobe con el caballero, dijo él, ¿cómo pasó?» Ellos le dijeron toda la verdad, que le no osaron mentir en cosa alguna, como es razon que se diga á los hombres verdaderos, contándole todo como había pasado, é cómo, teniéndole el caballero de la insola Firme en el suelo, que su hijo Bravor, pensando que era muerto, había salido con sus hombres del castillo y lo tenían cercado entre las peñas de la plaza donde la batalla fuera, y que esperaban á lo que él mandase. Cuando el Gigante esto oyó dijoles: «Es vivo el caballero?—Sí, dijeron ellos.—Pues faced venir aquí á mi hijo é á todos los hombres que con él están, é dejen al caballero en su libertad.» Esto fué luego hecho; é como el Gigante vió al hijo dijole: «Traidor, ¿por qué has quebrado mi verdad? ¿Qué honra ó qué ganancia desto que fecistes se te podía seguir? que si yo muerto fuera, ya con otra cosa ninguna restituirme podias, é mucho mas muerta tu honra quedaba, é con mas pérdida de mi linaje en quebrar é pasar lo que feciste, que la muerte que yo, como caballero, sin faltar alguna cosa de que facer debía había recibido. Pues si vivo quedase, ¿no sabes que en ninguna parte me podias escapar que matar no te ficiese? Así que, tú y todos aquellos que verdad no mantienen van muy léjos de su propósito; que pensando vengar injurias, caen en ellas con mucha mas vergüenza é deshonor que de antes; pero yo faré que como malo lo laceres.» Entonces lo mandó tomar, é hízole atar las manos é los piés, é mandó que lo llevasen á poner delante del caballero de la insola Firme, é le dijese que aquel malo de su hijo había quebrantado su promesa; que tomase dello emienda que le pluguiese. Así lo llevaron ante Amadís é gelo posieron á sus piés. La madre de aquel mozo, cuando esto vió, hobo recelo que el caballero, como hombre lastimado, le ficiese algun mal; é como madre se fué, sin que el Gigante lo sintiese, é lo mas abina que pudo, llegó donde Amadís estaba. É Amadís tenía aquella sazón el yelmo en la mano, que hasta allí, en tanto que la gente lo tenía cercado, nunca de la cabeza lo quitó, é la espada en la vaina, y estaba desatando al hijo del Gigante para lo soltar; é como la dueña llegó